

Raíces y Perseidas

Kelly Clementine



Mi relación con la poesía no nace en un momento concreto, sino que forma parte de mí desde siempre. Llevo toda la vida escribiendo, rodeada de libretas y lápices, como si fueran una extensión natural de mis manos. Antes incluso de entender lo que hacía, ya lo necesitaba. Escribir ha sido, desde el principio, una forma de estar en el mundo.

No escribo desde la certeza, sino desde la duda. Lo que me empuja a escribir es, precisamente, no entender la vida. La poesía aparece donde las respuestas no llegan, donde el lenguaje cotidiano se queda corto. Escribo porque no sé otra forma de expresarme ni de entenderme. Cada verso es un intento de ordenar el caos, de ponerle palabras a lo que duele, a lo que desborda, a lo que no encaja.

No hay un momento preciso en el que sienta la necesidad de compartir mis poemas. Más bien responde a dos impulsos: la conexión y la coherencia.

Comparto lo que escribo para encontrarme en otros, para no quedarme sola en lo que me atraviesa, pero también por fidelidad a mí misma.

La poesía, entonces, se vuelve un puente: un lugar donde lo íntimo deja de ser solo mío y empieza a ser de todos.

Para mí, la poesía es muchas cosas: refugio, arma y también una forma de añadir belleza y verdad a la vida. Es un espacio donde puedo ser honesta sin concesiones, donde la crudeza y la sensibilidad conviven sin filtros. En una sociedad que muchas veces silencia o simplifica ciertas realidades, la poesía permite nombrarlas y darles el lugar que merecen.

Dentro de la cultura gitana, la poesía tiene un valor especial. Es reivindicación, pero también una forma de estar en el mundo: con arte, con belleza, con gracia y, a veces, con sarcasmo.

No es casualidad. Venimos de la escena, del teatro, de la farándula; de la palabra dicha en voz alta y del gesto. Y eso, de algún modo, se hereda.

Es memoria, es identidad y también resistencia.

Mi identidad influye inevitablemente en mi escritura. Todos miramos la vida a través de nuestros propios filtros, y en mis textos están presentes el racismo sufrido, la marginalidad y el sentimiento de alienación. Conviven en mí la certeza de saber



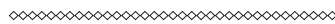
Kelly Clementine (2026). Blast Studio.

quién soy —una mujer gitana— y, al mismo tiempo, la sensación de no pertenecer a ningún lugar, de no encontrar nada que me represente del todo en este mundo. Esa contradicción es también mi centro: un lugar punk gitano, no clasificable, incómodo y libre, desde el que escribo y me nombro.

Mis referentes son diversos y, en apariencia, dispares: desde la intensidad de Nirvana hasta la introspección de Emily Dickinson; desde la fuerza lírica de Extremoduro hasta la libertad estética de David Bowie o la mirada crítica de George Orwell. También me han influido mi familia, el haber crecido cantando en el coro de la iglesia de Filadelfia y el universo visual de cineastas como Baz Luhrmann, Quentin Tarantino y Sofia Coppola.

Mi poemario, *Sentimientos y reflexiones de una gitana alienígena*, nace desde la herida y de la necesidad de sobrevivir a ella. Es un libro atravesado por la dualidad: la de tener una identidad muy clara y, al mismo tiempo, sentir que no se pertenece a ningún lugar. Surge del desencanto, pero también de la magia. Escribo para quienes no encuentran su sitio en el mundo, para quienes buscan un refugio y no lo hallan. Y, sobre todo, escribo como una forma de salvación propia.

Para mí, la poesía no es solo un género literario: es una forma de supervivencia. Una manera de entender el mundo y de sostenerme dentro de él.



El material celular del que provengo habitó en mi
abuela.

Yo estuve escondida en su cuerpo...
Mi hija ahora nos lleva.
Peino su pelo y
trenzo memorias en su melena.

Albergo el coraje de mis antiguas
"Dientes de perra,
Pelos de lesnas".

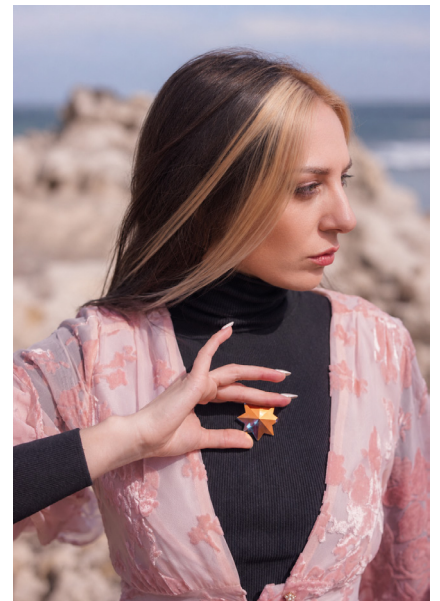
Tengo la poesía que escribían,
sin que nadie las leyera,
quizás mis palabras escondan
Secretos que encerraron sus libretas.
Llevo su arrojo,
su pintalabios rojo y
su belleza.

Guardo en mis ojos generaciones enteras.
Todo lo que me legaron,
mi hija lo hereda,
guardando en su pequeño cuerpo
ríos de mujeres que le llevaron
También a ella.

Cada partícula de cada célula
concentra miles de nombres.
Que son o serán polvo de estrellas.



Kelly Clementine (2026). Blast Studio.



Kelly Clementine (2026). Blast Studio.

LA NIÑA DEL LAZO

Estaba una niña gitana en la escuela,
muy guapa esa mañana —la peinó su abuela.

Con un lazo bonito, brillante y violeta,
bien sujeto y orgulloso en su coleta.

Hacia sol, iba alegre, contenta y ligera:
—Ojalá alguien me pregunte —pensó—
por mi lazo de primavera.

"Así podré decirles, con voz viajera:
me lo puso mi abuela...
¡mi querida abuela!"

Llegó el recreo.
Salió con su lonchera.
Saltando, cantando,
feliz como una esfera.

Pero vio un corro,
un grupo, un revuelo...
y algo en el aire
no olía a caramelo.

En medio estaba Andrea,
su amiga inmigrante y morena,
y otras niñas gritaban
con voz dura y ajena:

—¡Gitana! ¡Fea!
¡Fuera de la escuela!



—¡Dejadla! ¡Parad! —gritó la pequeña—
pero nadie escuchaba,
no creyó que nadie oyera.

Y entonces, con fuerza,
con rabia sincera,
dio un paso al frente
y gritó como fiera:

—¡La gitana soy yo!
¡No es ella, soy yo!
¡Y nadie se va
de esta escuela, que no!

Las otras respondieron,
con gesto torcido:
—Tú no eres como ella,
te habrás confundido...

Tienes ojos azules,
la piel muy clara...
las gitanas son malas,
sucias y raras.

La niña respiró,
se plantó con firmeza,
y habló despacito,
pero con gran certeza:

—Hay gitanas rubias,
y gitanas morenas,
gitanas pelirrojas,
altas o pequeñas.

No somos lo que dices,
ni malas ni feas,
somos lo que soñamos,
lo que cada una sea.

No somos ni mejores,
ni tampoco peores...
solo somos personas,
de muchos colores.

El corro se rompió.
El ruido se fue.
Y Andrea lloraba,
sin saber muy bien por qué.

La niña se acercó,
le secó las mejillas:
—No estarás sola nunca —le dijo—,
somos dos en esta orilla.

Y allí hizo una promesa,
callada pero sincera:
no quedarse nunca muda
cuando algo doliera.

Defender a quien sufre,
aunque cueste o duela,
y decir bien alto:

—Soy gitana...
¡y eso no es motivo de vergüenza!

Y recuerda:

No te calles nunca
si ves algo injusto,
que el silencio a veces
también da disgusto.

Defiende al que lo necesite,
sea quien sea,
y nunca te escondas
por ser como seas.

